

Grávido Río

IGNACIO PIEDRAHÍTA



LETRA X LETRA
—RELATO—

Piedrahíta, Ignacio

Grávido Río / Ignacio Piedrahíta. -- Medellín: Editorial EAFIT, 2019
186 p.; 21 cm. -- (Letra x letra)
ISBN 978-958-720-593-0

1. Magdalena (Río, Colombia) – Descripciones y viajes. II. Tít. III. Serie

918.61 cd 23 ed.

P613

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Grávido Río

Primera edición: agosto de 2019

© Ignacio Piedrahíta

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-593-0

Edición: Juan Felipe Restrepo David

Corrección: Emma Lucía Ardila

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: Mark, Edward Walhouse, España 1817-1895. *Mompox en el Magdalena-1845*. Colección del Banco de La República

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018

Editado en Medellín, Colombia

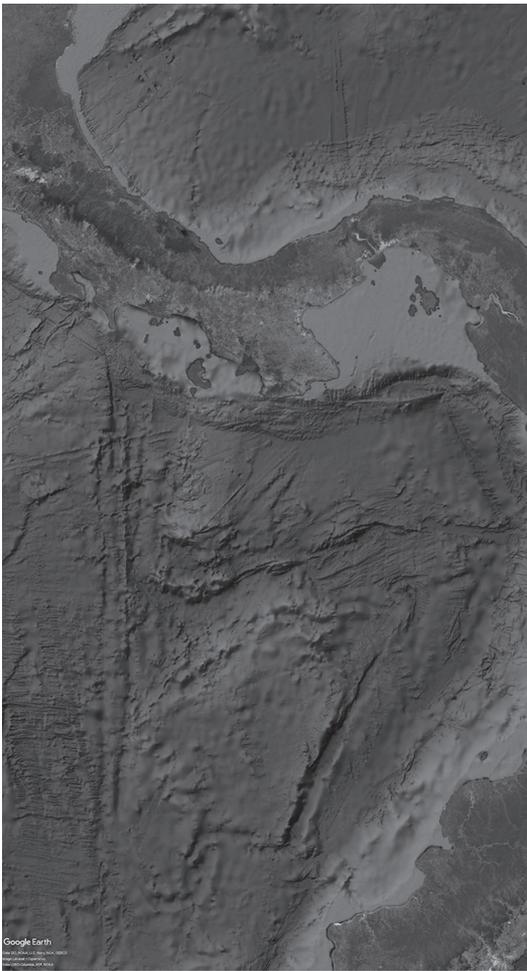
Contenido

Uno	11
Dos	23
Tres.....	51
Cuatro	83
Cinco	109
Seis	149
Siete	177

Grávido Río

*Escribo sobre la Tierra, porque no hay una sola parte de ella
que no se refiera al ser humano.*

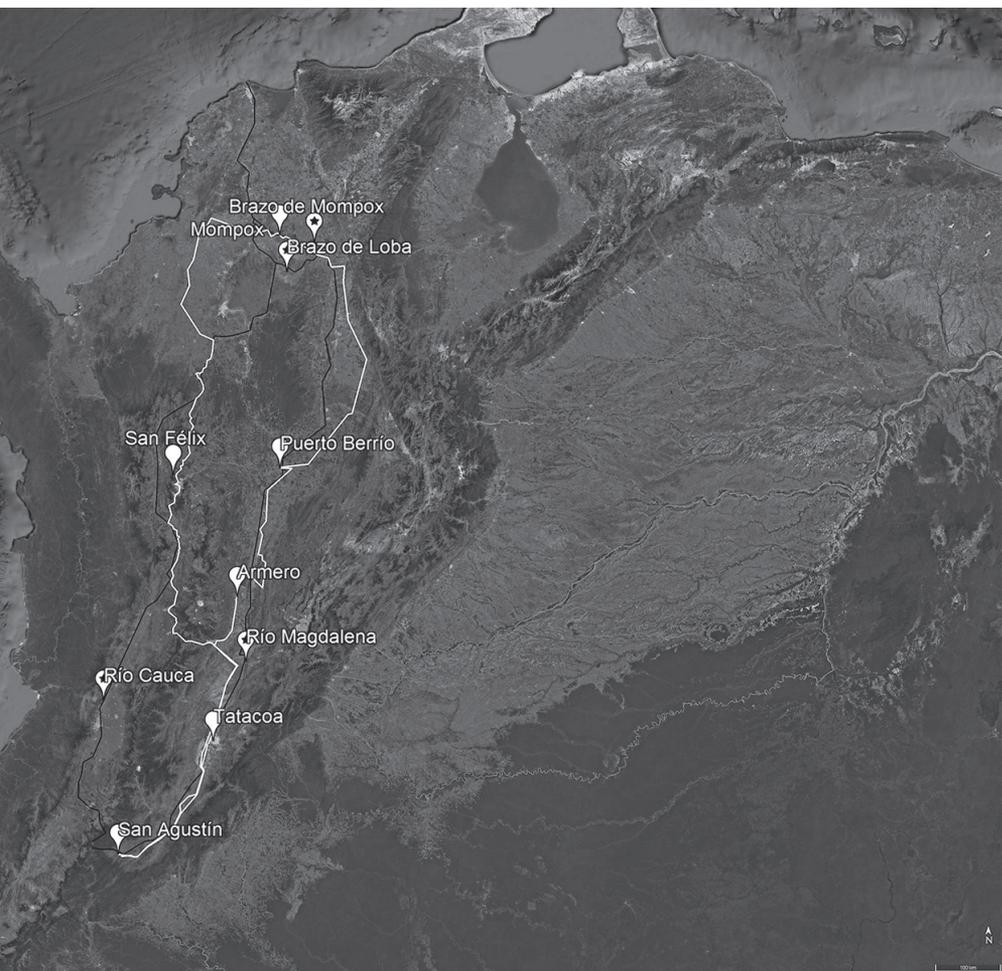
Walt Whitman



Google Earth

© 2005 Google

Map data © 2005 Google



EL RECORRIDO.

RÍO MAGDALENA, SUR DE HUILA.



Uno

*Me es igual dónde comience;
pues volveré de nuevo allí con el tiempo.*

Parménides de Elea



De nuevo en mi casa en el campo, intento recobrar el origen del viaje. Miro hacia atrás en el tiempo como rastreando con el dedo el nacimiento de un río sobre un mapa. Sigo esa línea ondulada que conduce a imaginarias cumbres y me lleva tres meses atrás, al final de un día inusualmente seco de marzo. Eran las cinco y media de la tarde y el sol comenzaba a sumergirse tras la serranía de las Baldías. La luz tenue hacía ver la tierra negra de un color azul, mientras el aire fresco de los dos mil quinientos metros de altura inundaba el pequeño valle montañoso.

Me puse un abrigo ligero y salí a caminar. Era ya un viejo ritual dar un paseo durante esa hora, en la que el día se retira. Descendí de la colina y tomé la carretera de piedra que lleva hacia la parte alta de la montaña. Con las primeras cuestas sentí la agitación de mi aliento. Su vaho caliente comenzaba a hacerse visible. Caía la noche. En los potreros a mi alrededor las vacas lecheras estiraban su cuello en busca de pasto. Al arrancar los mazos de hierba con la fuerza de su lengua producían un sonido opaco, de efecto narcótico. Las manchas blancas de su cuerpo brillaban como continentes desconocidos entre el oscuro océano de su piel.

Los campesinos terminaban de lavar los establos después del segundo turno de ordeño; la penumbra encubría aún más su ciega concentración. Me detuve a saludar a uno de ellos bajo el portal del ordeñadero. No me vio ni tampoco me escuchó. El continuo cepillar del piso de cemento, roído y descascarado por las pisadas de las vacas y la acidez del estiércol, no se lo permitió. Estuve ahí de pie, observándolo por largos minutos, sin que notara mi presencia. Sus movimientos eran seguros y enérgicos, a pesar de demandar los últimos esfuerzos de la jornada.

Sobre las montañas iban apareciendo casas campesinas como puntos de luz, replicando en la lejanía el alumbrar cercano de los cocuyos. A veces, estos insectos me golpeaban con un ingenuo toquecito de luz, atontados quizá por su propia fosforescencia. Siempre que me veía rodeado por ellos pensaba en el médico Charles Saffray, un viajero francés que recorrió el país en el siglo diecinueve. Contaba que, en algún pueblo a orillas del Magdalena, a las muchachas adolescentes las adornaban con coronas luminosas de cocuyos atrapados. Saffray solía ser desmedido en sus recuentos, pero no me importaba que la imagen fuera solo fantasía.

Llegué a una parte elevada en la montaña casi en completa oscuridad. Desde allí podía ver mi altiplano escasamente poblado, y mucho más abajo, el cañón de mil metros que se precipita hacia el oriente. En la parte baja del abismo alcanzaba a ver la línea punteada de luces de la autopista norte, cuyo trazo levemente curvado resumía los meandros del río Medellín que corría a su lado. Ya en ese punto había atravesado la ciudad, que yacía en una gran hondonada a mis espaldas, del otro lado de la cuesta. El curso del río, sugerido por las luces en la carretera, creaba una visión artificial que sin embargo me seducía.

Me quedé allí algunos minutos, mientras la niebla propia de esa hora ascendía la cuesta. Pronto un manto blanco me envolvió con su humedad, y como si viniera directamente de él, escuché una voz que me decía: sal de viaje. Sonreí con sarcasmo, pues rara vez hago caso a la superstición. Sin embargo, la oí.

La situación me recordó las primeras escenas de Hamlet. Un espanto se deja ver justo en el cambio de guardia en

el brumoso castillo de Kronborg, en Elsinor. Los soldados hacen rodar la voz y una noche el príncipe Hamlet acude a reunirse con él. Sigue un momento conmovedor. El fantasma se revela como el padre recién muerto del príncipe. Retorna al mundo de los vivos para encargarse a su hijo la tarea de vengarlo ante su tío, usurpador del trono.

Mi situación carecía de semejante drama, pero la sola sugerencia del viaje significaba un reto. Al cabo de varios años de estar viviendo en la montaña, no quería apartarme de ella. Esa forma de pensar me había asustado en un principio, pero luego terminé por aceptarla. Si ahora me decidía a emprender un nuevo viaje, este actuaría como una especie de antídoto contra esa condición que me había dominado.

Mientras bajaba la cuesta de regreso a casa, se me ocurrió que en todo ello había una prosaica coincidencia. La raza de las vacas lecheras de los alrededores era originaria de la región de Schleswig-Holstein. Esta zona, en el norte de Alemania desde 1864, fue históricamente un feudo del reino de Dinamarca, donde sucede el famoso drama shakespeariano. Las vacas Holstein se extendieron por su abundancia lechera a todos los rincones del mundo, así como, por su grandeza, las letras del famoso escritor.

En los días que siguieron, mi destino se definió hacia San Agustín. Tiempo atrás había partido en viaje por la cordillera de los Andes, y quizá por la magnitud del recorrido, había pasado de largo por ese poblado arqueológico que siempre había llamado mi atención. Quería visitar las estatuas talladas en piedra por aquellas culturas ancestrales, ubicadas en el lugar geográfico donde nace la cordillera Central de Colombia. Puesto que el lugar donde ahora vivía —así como la ciudad de Medellín donde había crecido— quedaba en

esa misma cordillera, no quería ir más allá de su poderosa influencia.

Reservé una habitación privada en un hostel campestre en las afueras del pueblo. Y, no bien se llegó el día señalado en el mes de abril, tomé mi automóvil e hice el trayecto en dos jornadas. Debía atravesar buena parte del país, desde el noroeste hasta el macizo montañoso en donde está ubicada la población, varios cientos de kilómetros de carretera hacia el sur.

Si bien era posible tomar la vía que remonta mi cordillera Central, directo hacia el valle del Magdalena y por ahí continuar hacia el sur, preferí irme por la zona cafetera hasta la ciudad de Armenia y allí cruzar la cadena montañosa. Durante la primera jornada apenas me detuve para comer y poner gasolina, quería avanzar.

El paisaje estaba completamente seco. La vegetación siempre verde en esa época del año, fueran potreros o bosques, lucía ahora opaca y amarillenta. El fenómeno del Niño azotaba la región andina con toda su fuerza desde hacía ya casi un año. Tal vez por eso cualquier manifestación de agua natural resaltaba a mi vista. Los arroyos quebrados y saltarines de la montaña, y luego el río Cauca, aún con su bajo caudal, parecían hablarme al oído.

Tanto tiempo sin viajar me hizo ver que las vías en general habían mejorado. En muchos lugares me hallaba conduciendo por autopistas de doble carril, dotadas con modernas estaciones de servicio. En ocasiones conducir resultaba aburrido y adormecedor, pero también el recorrido se sentía más ligero y avanzaba mucho más de lo previsto. En otra época habría tenido que entrar a un lugar poblado para pasar la noche, ahora los hoteles de carretera eran

nuevos y cómodos. No bien oscureció me hospedé en el primero que encontré.

Al segundo día crucé la cordillera desde Calarcá por el alto de La Línea hasta la ciudad de Ibagué, situada en la base de la cuesta del otro lado, en el valle del Magdalena. Allí tomé la vía que sigue a buscar la orilla del río, y a medida que avanzaba sentí que mi corazón comenzaba a latir de una manera diferente, como cuando se acerca un encuentro con alguien largamente esperado. Ahora sé que se debía a las primeras sugerencias del Magdalena, hacia el cual conducía de una manera decidida, perpendicular en el sentido geográfico, hacia el oriente.

No obstante, el encuentro con el río tardó en llegar, pues la carretera doblaba hacia el sur antes de topársele. De modo que anduve a cierta distancia de él, de manera paralela, intuyendo la porción de tierra que nos separaba. Pero luego de algunos kilómetros nos reunimos por fin: la vía comenzaba a dejarse tocar por el curso del cuerpo de agua.

Bajé la velocidad hasta que encontré un amplio espacio de tierra entre el pavimento y el río. Crucé el carril de mano contraria con precaución y me detuve. Al salir del automóvil, el fuerte resplandor del mediodía me obligó a entrecerrar los párpados, incluso tras las gafas de sol. Aún sentía la velocidad sobre el asfalto dentro de mí. Tuvieron que pasar algunos minutos antes de que mis sentidos armonizaran con el paso de la corriente.

Sudaba copiosamente y fui a buscar refugio a la sombra de unos arbustos desde donde pudiera observar sin achicharrarme. El cauce tenía en ese punto unos ochenta metros de ancho y formaba una curva; yo me encontra-

ba en su parte exterior. La orilla tenía en este lado la forma de un escalón, pues es allí donde el agua socava su margen. Del otro costado, la tierra entraba al agua como una playa de arena, porque la corriente tiene allí menos velocidad y deposita en el fondo los sedimentos que arrastra. A mis pies, la turbulencia producía pequeños rompientes que azotaban la base de la pared de tierra. El río lucía grávido bajo la canícula ardiente y el agua parecía un líquido más denso que ella misma.

Me pareció que el color marrón del agua tenía mucho que ver con la sensación que trasmitía. El calor y la humedad de las regiones ecuatoriales del planeta favorecen de tal manera la descomposición de las rocas, que las arcillas son fácilmente arrastradas por la lluvia y los arroyos. Y son estas las que, con su gama de ocres, tiñen las aguas corrientes de esta parte del mundo. Al igual que el Amazonas o el Congo, el Magdalena es naturalmente de color café, el color de la tierra.

Al cabo de media hora decidí retomar la marcha. Pero al darme vuelta vi, detrás de la carretera, una pared hecha de arena y guijarros de un color crema claro, que bajo el pleno sol encandilaba la mirada. Dentro de la pared misma, los diminutos granos estaban dispuestos de formas particulares. Semejaban festones y especies de arabescos, como si una cultura antigua los hubiera diseñado. Tras cruzar la pista de asfalto, caminé hacia ella atraído por la sutil magia de las formas de arena.

Una vez allí descubrí que aquel muro natural se desmoronaba con facilidad al paso de la palma de mi mano. Lo que tenía frente a mí no era otra cosa que el retrato de los movimientos de la corriente del mismo río en tiempos remotos.